

altos poderes del Estado, jamás arrió su bandera; nunca cejó de la senda del deber. Ha peleado con altivez las batallas á que se le ha provocado, sin olvidar, en ninguna ocasión, los consejos de la prudencia, el respeto á la autoridad, las buenas formas de la cortesía oficial, y sin cerrar, imprudentemente, las puertas al espíritu de conciliación de que siempre está inspirado.

De industria callo las amarguras que han acibarado su corazón desde que comenzó su gobierno, las punzantes espinas que alborotadas pasiones han incrustado en su corona de Pastor, las cruces que han sembrado, que siembran hoy mismo su camino..... No puede ser de mejor condición el discípulo que el Maestro. Nuestro Señor Jesucristo entre los olivos de Getsemaní bebió hasta el fin el cáliz del dolor, vió coronada de espinas su augusta cabeza y murió, tras largo padecer, en el leño de la Cruz.

Al poner remate á estos *Apuntes biográficos* escritos más que por el afecto y la gratitud, por la verdad y la justicia, pido á Dios, de lo íntimo de mi corazón, que, para lustre y esplendor de la Iglesia de Lima, prolongue la vida del Ilmo. y Rvmo. Monseñor Dr. D. Manuel Tovar, haga fecundo en beneficios su ya glorioso pontificado, lo consuele en sus tribulaciones y que ellas le sirvan de crisol en que se aquilaten sus merecimientos y de escala por donde suba al cielo.

Lima, Mayo de 1904.

Carlos García Grişoyen.



## → SERMONES Y CONFERENCIAS ←







I

## Ascensión del Señor

Sermón panegírico predicado en el año de 1867 (1)

*Viri Galilei, quid aspicitis in  
coelum? Hic Jesus, qui assumptus  
est a vobis in coelum, sic veniet.*

*Hombres de Galilea ¿por qué es-  
táis mirando al cielo? Este Jesús  
que, dejándoos, se ha elevado al  
cielo, vendrá de la misma manera  
que lo habéis visto subir.*

*Hechos de los Apóstoles, c. 1. v. 11*

Mis amados Hermanos:

**¡**QUÉ espectáculo tan grandioso presenta á nues-  
tras miradas el Evangelio de hoy!

A semejanza de Pedro, extático al pie del Tabor, en la contemplación de la humanidad adorable de Jesucristo, podemos exclamar, fija la mente en la dulce meditación de la gloria que circunda al Salvador del mundo, al despedirse de la tierra, para ocupar su trono á la derecha del Padre: bueno es Señor endulzar las amarguras de la vida, contemplando tu soberana belleza. ¡Ah, Señor! el ojo que ha visto tu gloria, ¿cómo podrá llorar de nuevo las lágrimas del desterrado? El oído que ha escuchado las armonías de los ángeles y de los justos,

(1) Este es el primer sermón que escribió Monseñor Tovar. No se indica en el manuscrito en qué iglesia lo predicó. No se conserva tampoco, la segunda parte. (Nota del Editor).



celebrando tu inmortal triunfo, ¿cómo podrá escuchar de nuevo el mundanal ruido de las pasiones humanas? El desgraciado cautivo, que ha visto los esplendores de Jerusalén, ¿cómo podrá peregrinar todavía por las arenas del desierto? Mas ya oigo, mis hermanos, al ángel del Señor que me dice, como en otro tiempo á los apóstoles de Jesús: Hombres de Galilea ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que á vuestra vista ha subido al Cielo, así vendrá como lo habéis visto.

Estas palabras de los mensajeros celestiales serán el tema del presente discurso.

Mis hermanos:

Vamos á celebrar el triunfo y la gloria de Jesucristo, que son nuestro triunfo y nuestra gloria. Vamos á unir nuestras voces de desterrados y de cautivos á las eternas aclamaciones de los ángeles y de los santos, para celebrar con ellos la entrada triunfante al Cielo del Pontífice eterno de la nueva alianza. Enjugemos, por un momento, el llanto de nuestros ojos, para contemplar la soberana belleza de la Humanidad adorable de Jesucristo, gloriosamente vestido con los esplendores de la Divinidad; dejemos, por un instante, los tristes instrumentos con que solemos acompañar nuestros cánticos de dolor en este infortunado cautiverio, y pidamos á los serafines sus harpas de oro para poder entonar un canto de victoria al inmortal triunfador de la muerte y del pecado. Sí, mis hermanos; abandonemos la tierra, sigamos con el pensamiento y con el corazón á Jesucristo resucitado, que sube sobre las alas de los querubines hasta sentarse á la derecha de su Padre; penetremos, siquiera con la meditación y los deseos, á esa mansión de delicias, que será nuestra futura y eterna morada ¿Qué día más aparente para recrear el corazón cristiano con ese gusto anticipado del paraíso que el día de hoy en que Jesu-

cristo vuelve triunfante al seno de su Padre, para prepararnos el lugar de nuestro eterno reposo?

Indicado ya el objeto de este discurso, sólo nos resta invocar el auxilio divino, por la intercesión de la Reina del Cielo.

Ave María.

¿Cómo pretendo, mis muy amados hermanos, hablaros del Reino eterno de los escogidos, si Pedro quedó extático de admiración contemplando cubierta de gloria la humanidad de Jesucristo? ¿Cómo podré pintar las inefables delicias de Jerusalén, si Pablo, que sólo vió el pálido reflejo de sus esplendores, afirma que ni el ojo ha visto, ni el oído ha escuchado, ni el entendimiento humano puede comprender toda la gloria que Dios reserva á sus elejidos? Tal es mi desgracia, mis hermanos, que no puedo pensar dignamente del Cielo, ni hablaros dignamente de él. Por esto, sintiéndome oprimido bajo el peso de mi debilidad, experimento la necesidad de exclamar: ¡Oh adorable Salvador de mi alma! elévame hasta las alturas del Tabor; hazme mirar por un momento los esplendores de tu gloria, y saborear anticipadamente la dulzura de tus eternos consuelos!

La felicidad esencial de los bienaventurados consiste en gozar de la plenitud de todos los bienes, sin mezcla de ninguna especie de mal; y siendo Dios aquella inefable perfección que contiene, en su adorable esencia, la suma plenitud de todos los bienes, es indudable que la verdadera felicidad del Cielo está cifrada en ver, amar y alabar la infinita bondad de Dios. Sí, mis hermanos, veremos á Dios, y lo veremos siempre con un nuevo placer; amaremos á Dios y lo amaremos siempre con un nuevo ardor; alabaremos á Dios y lo alabaremos siempre con un nuevo entusiasmo; y esta vista, amor y alabanza de Dios, en unión de los ángeles



y de los santos, formará la eterna delicia de nuestras almas. Tal es el pensamiento de San Agustín.

¿Qué vemos en el mundo, mis muy amados hermanos? Reunid en un sólo cuadro todas las bellezas de la creación; ved en conjunto, si os agrada, los claros esplendores del sol y la plácida y suave luz del astro de la noche; la inmensa extensión del mar y la verde alfombra que esmalta la tierra; trasladáos, si queréis, al primer día de la creación, pedid al querubín, que guarda con una espada de fuego la entrada del Paraíso, que os permita visitar la alegre morada del primer hombre, en la cual ostentan su hermosura y sus primores todos los seres del Universo, para ser un digno regalo de Dios en el primer día de su amor al hombre; y á pesar de todo habéis de exclamar como S. Agustín: *NON TE VIDEO DEUS MEUS. No te veo Dios mío.* ¡Ah!, sí, mis hermanos, la naturaleza nos muestra algunos rasgos de su incomparable belleza, algunos vestigios de su infinito poder y algunos signos de su inefable sabiduría; pero, contemplando las obras de sus manos, El mismo permanece oculto á nuestros ojos: *NON TE VIDEO DEUS MEUS.*

Es nuestro Padre, imploramos su asistencia, confiamos en su misericordia, reposamos en sus brazos, lloremos á sus pies; pero nada de esto, por grandes que sean los consuelos que hace gustar al corazón cristiano, apaga la sed insaciable del alma: quiere ver á Dios, y se ve condenado á exclamar: no te veo Dios mío. Consoláos, almas santas. En el Cielo no hablaréis ese triste lenguaje, porque allí veréis á vuestro Dios faz á faz, tal y como es: *VIDIMUS SICUT EST.* Sí, mis hermanos, veremos esa majestad adorable, ante la cual se inclinan los serafines; esa soberana belleza siempre antigua y siempre nueva; esa santidad sin sombra, sin tacha y sin mancha; esa profunda sabiduría, que todo lo dispone suave y fuertemente; veremos esa providencia adorable á la que nada se escapa, ese poder infinito al que na-

da resiste, esa verdad inefable, que nunca puede mudar, esa misericordia sin límites, que nada puede extinguir; veremos esa grandeza, ante la cual tiemblan las potestades del cielo; esa inmensidad, que todo lo llena sin agotarse nunca; esa eternidad que no ha tenido principio ni tendrá fin; en una palabra, veremos á Dios en todo el brillo de su gloria, en todo el esplendor de su belleza, en toda la magnificencia de su poder. Veremos á Jesucristo que es el objeto eterno de las complacencias del Padre, nos recrearemos mirando esa soberana belleza, que arrebatada de admiración á los ángeles; veremos esa aparición gloriosa de la Divinidad en una carne inmortal, nos consolaremos viendo glorificada la humanidad adorable de Jesucristo con toda la gloria de la majestad de Dios.

Veremos al Espíritu santificador de nuestras almas, á ese Espíritu de luz, de gracia y de fortaleza que lo ha renovado todo sobre el haz de la tierra, que nos consuela en nuestras penas, que nos fortifica en nuestros combates y que intercede por nosotros con gemidos inefables.

Y no sólo veremos á Dios, sino que lo amaremos también. El corazón ha sido hecho para amar, mis hermanos. Para que viva, es necesario que cada uno de sus latidos, sea un latido de amor. En esta vida, engañados por las ilusiones de los sentidos, perpetuamente atraídos por el brillo deslumbrador de las cosas humanas, somos incapaces de amar á Dios con la debida pureza y perfección. Sólo en el cielo será verdadero y perfecto nuestro amor á Dios. En el cielo amaremos á Dios, sin que nos sea dárlo hacer otra cosa que amarlo; todas las potencias de nuestras almas, y todas las pasiones de nuestros corazones, serán absorbidas y consumadas en la potencia y en el amor de Dios.

Amar á Dios será nuestra única delicia, nuestro único consuelo, y nuestra única felicidad; agotaremos en



amarlo toda la ternura y toda la sensibilidad de nuestro corazón, y hallaremos amándolo nuevos tesoros de sensibilidad y de ternura; lo amaremos sin interés alguno, por ser soberanamente amable; y en él nos amaremos á nosotros mismos y á todas las cosas; y nuestro amor será supremo, porque lo amaremos con toda la vivacidad de nuestro espíritu, y con toda la fuerza de nuestro corazón, sin división, sin límites y sin medida; lo amaremos con ardor, ternura y alegría siempre nuevas, porque encontraremos eternamente en los abismos de su perfección adorable, un fondo inextinguible de bellezas y de encantos.

Pero nuestro amor no será ocioso ni estéril; se traducirá eternamente, en inmortales acciones de gracias; alabaremos y bendeciremos á Dios en esa morada de inefabables delicias. Todos glorificaremos á Dios en el Cielo, mis muy amados hermanos, cantaremos sus alabanzas, publicaremos sus grandezas, celebraremos su eterna verdad, exaltaremos su inmutable justicia, ensalzaremos su inefable misericordia, y adoraremos, por último, su esencia incomunicable, en el piélago infinito de su perfección. Entonaremos eternamente el cántico de alabanza, que oyó S. Juan en el Apocalipsis, y exclamaremos: ¡honor!, ¡gloria! y bendición! al que vive por los siglos de los siglos! Todo nuestro ser será empleado en amar á Dios.

Así tendremos en la vista, en el amor y en las alabanzas á Dios, la entera plenitud de todos los bienes, la completa ausencia de todos los males, porque jamás penetrarán las puertas de la mística ciudad, las inquietudes, las murmuraciones y pesares de esta tierra de pecado; porque la fiesta eterna de Jerusalén no será turbada jamás, ni interrumpidos sus cánticos, ni entibiada su alegría. No habrá allí, tampoco, un día diferente de otro día, ni una hora distinta de otra hora, sino que la vida eterna de los escogidos se renovará perpetuamente

en un día plácido y sereno que no tiene aurora ni tendrá ocaso, porque lucen siempre en él los indeficientes resplandores del Sol de justicia.

¡Ah, mis hermanos! antes de descender de nuevo á la tierra, contemplemos por última vez la Jerusalén del Cielo.

.....  
 .....  
 .....

